

La silla de Karpov

JAVIER
GARCÍA-GALIANO

La silla de Karpov



Secretaría de
cultura DF

*F*ICTICIA
EDITORIAL

MÉXICO, 2012

Contenido

Angelus.....	11
Peripatética.....	13
El desconocido	17
La rebelión del Gran Kan	21
Número equivocado	25
Historias posibles de la literatura.....	29
Crítica policial	33
El género judicial	37
La historia secreta de los libros.....	41

El lector apócrifo.....	45
Pierre Menard y sus precursores	51
Salvador Elizondo descubre el infinito.....	55
La historia según Juan García Ponce.....	63
María y los gatos	67
El espectro de los gatos.....	71
El sueño del Licenciado López	73
Hápax	77
Jüngeriana.....	81
La noche en Belén	87
Historia del Nacimiento.....	91
El Evangelio de Piedras Negras	95
El buscador de reliquias	99
La Calzada de los Misterios	103
Historia del peregrino infiel	107

Mitologías de cajetilla	111
Un títere del mal	115
El rastrero	119
La silla de Karpov	123



Angelus



¿Quién es ese hombre que lleva la noche consigo dondequiera que va?

SALVADOR ELIZONDO

EL PRINCIPIO DE LA NOCHE es algo que se ignora porque, como su final, ocurre subrepticamente y sólo se reconoce cuando ya ha sucedido. Puede sobrevenir durante una conversación o como un eco artificioso procedente de un programa de televisión o acaso de una telenovela de bajo presupuesto. No depende del sol, aunque su ocaso puede suponer un presagio. Algunos rezos suelen anunciarla y el estruendo de los pájaros y los faros de los automóviles y los faroles de la calle parecen un indicio de que ha llegado. Se dice, sin embargo, que un silencio siempre lo precede.

Hay quien se dispone solitariamente para la noche vistiéndose con un detenimiento afectado. Las mujeres se maquillan y prueban con indecisión su ajuar nocturno en un rito con frecuencia compartido, en el cual los deseos incipientes y los rumores insidiosos intentan tomar la forma de una conversación. No faltan los que

se aferran al teléfono en busca de una cita, de una fiesta, de un sitio que pueda importar una aventura.

Con la noche también llegan los trabajadores que salen de las fábricas. Con desidia y la corbata desanudada, los oficinistas regresan a su casa, donde suele esperarlos la merienda de los niños y una esposa abúlica, a la que se le han podrido las ilusiones.

Los suicidios son comunes cuando sobreviene la noche y las enfermedades se manifiestan como un poder que domina a los dolientes y a las enfermeras, que disimulan su felicidad perversa. Por eso la llegada de la noche también parece una queja.

Los habitantes de la noche, sin embargo, saben que sólo comienza cuando ha terminado y que transcurre como un sueño.

Peripatética



CAMINAR PUEDE SER DELATADOR. Como aquellos que están apresurados, un hombre que huye puede descubrirse por su manera desesperada de andar; también su perseguidor suele incurrir en formas subrepticias de caminar, pretendiendo permanecer oculto. No sólo ciertas circunstancias determinan los pasos de un hombre, sino que sus modales peripatéticos cifran su identidad. Los toreros, por ejemplo, como los árbitros de fútbol, parecen obligados a impostar un paso parsimoniosamente afectado con el que acaso intentan demostrar autoridad y patetismo. Con demasiada frecuencia, los presuntuosos caminan con un orgullo elemental que en no pocas ocasiones radica en el cuidado de su musculatura a la que le estorba el movimiento de los brazos. Las mulatas, se sabe, suelen hacer de su andar cadencioso un deseo, y en la manera cautelosa de caminar pueden adivinarse las intenciones de los vagos.

Hay también una intimidad en el sonido de unos pasos, los cuales pueden importar asimismo una intromisión. El acompasamiento de unos tacones pue-

de representar el anuncio de la llegada de una amante, pero el ruido de los zapatos de los vecinos en el techo suele suponer una intrusión cotidiana. A veces, los pasos cadenciosos de un desconocido se convierten en una amenaza y pueden delatar cinematográficamente el acecho de un asesino.

Sin embargo, como otras señas particulares, la manera de caminar también se repite. En Ajijic, Jalisco, hay quien dice que puede reconocer a los alemanes por el sonido uniforme de sus pasos, y algún viajero se azoró en Hamburgo por el modo maquinal de andar de sus habitantes. Existe una manera de caminar común a muchos tapatíos: arrastrando los pies con un dejo de flojera. Caminar en las calles del Distrito Federal mexicano, en cambio, resulta complicado, no sólo porque sus peatones abundan, sino porque suelen andar trazando eses imprevisibles y errantes, que inexorablemente obligan al resto de los caminantes a desviarse con sagacidad para hallar su camino, a detenerse con molesta torpeza y no sin frecuencia a tropezarse y chocar con otros. Carentes de cortesía, no acostumbran ceder el paso. Quizá su errancia pedestre se debe a que, como en “El encuentro” de Juan José Arreola, creen “que dos puntos que se atraen, no tienen por qué elegir forzosamente la recta. Claro que es el procedimiento más corto. Pero hay quienes prefieren el infinito”, quizá desconocen el rumbo que llevan, quizá sólo deambulan estúpidamente.

William Hazlitt sostenía que “el alma de una caminata es la libertad, la libertad perfecta de pensar,

sentir y hacer exactamente lo que uno quiera. Caminamos principalmente para sentirnos libres de todos los impedimentos y de todos los inconvenientes, para dejarnos atrás a nosotros mismos, mucho más que para librarnos de otros”. Creía que las caminatas debían hacerse en el campo para olvidarse de la ciudad, que no requerían de un destino y que debían practicarse en solitario, pues una rosa silvestre, una margarita o unos riscos al atardecer no necesitaban crítica ni comentarios, además de que los esbozos de pensamiento, las asociaciones circunstanciales y los recuerdos nimios que se suscitaban en esos paseos, resultaban esencialmente íntimos y se volvían baladís al expresarse. Finalmente, escribió al principio de “Dar un paseo”, “nunca estoy menos solo que cuando estoy solo”.

Lector de Hazlitt, Robert Louis Stevenson descubrió que “un paso desigual no es muy agradable al cuerpo y distrae e irrita a la mente; mientras que cuando se ha entrado en un paso uniforme no se requiere ningún pensamiento consciente para mantenerlo y, sin embargo, no impide pensar seriamente en otra cosa. Como el tejido de punto, como la obra de un copista que gradualmente neutraliza y adormece toda actividad seria de la mente, podemos pensar en esto o en aquello, a la ligera, con sonrisas, como piensa un niño o como pensamos nosotros al dormir de mañana”.

También Aristóteles creía que caminar propiciaba el pensamiento. Sus lecciones transcurrían mientras caminaba, por lo que a sus seguidores los llamaban

peripatéticos; entre ellos destacaron Formio de Éfeso, que intentó instruir a Aníbal en el arte de la guerra, y el maestro de Nerón, Alejandro de Egea.

Stevenson advirtió que durante una caminata existían grandes variaciones de humor. No sólo por eso, todo hombre es asimismo distintos caminantes en una excursión, cuando se apresura cotidianamente a cualquier destino, cuando se pierde en calles conocidas y cuando, como en un poema de Octavio Paz, se detiene y se pregunta: “¿En qué estaba pensando?”



«LA SILLA DE KARPOV» DE JAVIER GARCÍA-GALIANO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 18 DE OCTUBRE DE 2012 (A 1003 AÑOS
DE QUE EL CALIFA HUSÉIN ALHAKIM BISMILLAH DESTRUYERA LA
IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO EN JERUSALÉN) EN LOS TALLERES
DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A. CERRO TRES MARÍAS NO. 354,
COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 4200 MÉXICO, D.F.

